

CAPÍTULO II

LOS OFICIOS DE LA HISTORIA EN LA EUROPA CONTEMPORÁNEA (SS. XIX Y XX)

Gustavo Alares López (Universidad de Zaragoza)

María José Solanas Bagüés (Universidad de Zaragoza)

José Luis Flores Pomar (Universidad de Zaragoza)

Pese a las sucesivas *crisis* de la historia y el cuestionamiento de la capacidad representativa de los discursos históricos –con la consiguiente devaluación de la figura de historiador profesional como interlocutor con el pasado– desde nuestra perspectiva entendemos la disciplina histórica –con todas sus particularidades– dentro del ámbito de la ciencia. Desde este enfoque, los relatos históricos serían algo más que meros “actos poéticos” –entendidos dentro del paradigma White–, situándose en los dominios de una disciplina científica radicada en el ámbito de la Wissenschaft, y evitando los excesos del relativismo cultural y la inoperancia derivada de los mismos.¹ Así, desde esta perspectiva,

¹ Jörn RÜSEN: *History. Narration, Interpretation, Orientation*, Oxford, Nueva York, Berghahn Books, 2005.

la historia de la historiografía albergaría unos objetivos explícitos que deberían superar el mero análisis de los discursos históricos para referirse de manera integral a los procesos de construcción de la profesión. En palabras del historiador alemán Lutz Raphael:

[...] una historia de la historiografía supone [...], una contribución fundamental a la historización y problematización autocrítica de conceptos e hipótesis de investigación actuales. Los historiadores se interesan por antiguas controversias de su disciplina, verifican viejos argumentos y actualizan formas olvidadas de enfrentarse a un problema. Sin embargo, en tanto que historia de una ciencia, la historia de la historiografía ofrece algo más: con ayuda de métodos de la historia social y cultural intenta analizar las instituciones de la disciplina así como las precondiciones políticas, sociales y culturales de los inicios de la práctica profesional de los historiadores.²

Fueron sobre estas premisas teóricas bajo las en líneas generales se estableció el taller *Los oficios de la historia en la Europa contemporánea (siglos XIX-XX)*. En última instancia, la mesa-taller propuesta tuvo como objetivo el ofrecer un espacio para la reflexión sobre los modos y agentes implicados en el análisis y representación del pasado en la Europa contemporánea. De esta manera, el llamamiento inicial pretendía convocar a los jóvenes especialistas para, a través de un enfoque amplio y abierto, poder incluir aportaciones relativas tanto al quehacer profesional del historiador y a las múltiples representaciones del pasado, como a los usos públicos de esos relatos.

De esta manera, los ámbitos propuestos se vincularon por un lado a la propia construcción histórica del oficio de la historia, contemplado este de una manera amplia e integradora que incluyera la institucionalización profesional y académica, la conformación de una identidad gremial, la adquisición de un estatus social y las variaciones en los valores éticos y profesionales asociados a la figura del historiador. Y por otro, a los usos públicos de la historia a través de algunos conceptos clave como *cultura histórica y políticas del pasado*, permitiendo a través de este último aludir a las representaciones del pasado en sus múltiples formatos (historiografía profesional, literatura, museografía, medios audiovisuales y medios digitales).³

² Lutz RAPHAEL: *La ciencia histórica en la era de los extremos. Teorías, métodos y tendencias desde 1900 hasta la actualidad*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012.

³ Respecto a la noción de cultura histórica, Jörn RÜSEN: “Was ist Geschichtskultur? Überlegungen zu einer Art, über Geschichte nachzudenken”, en H.T. K. FÜSSMANN y J. Rüsen GRÜTTER (eds.):

Del mismo modo, y teniendo en cuenta el carácter transnacional de la construcción de las diferentes comunidades historiográficas, el taller ofreció la posibilidad de incorporar trabajos vinculados a un concepto particularmente útil a este respecto como el de las *transferencias culturales*.⁴ Asumiendo esta dimensión transnacional –ese “entorno ecuménico de la historiografía” al que aludiera Juan José Carreras–, podemos trazar una arqueología internacional del oficio de los historiadores –con sus préstamos y reapropiaciones, pero también con sus rechazos– para reconstruir una especie de *atlas* de la profesión y sus distintas comunidades historiográficas.⁵

A la mesa-taller concurrieron un total de cinco comunicaciones. Un conjunto de textos interesantes y por lo general bien trabajados, que a su vez reflejan la diversidad de enfoques propios de una subdisciplina como la historia de la historiografía, cuyos objetivos, objetos y métodos todavía no se encuentran definidos con el rigor suficiente, al menos en el ámbito historiográfico español.⁶ Como señaló hace unos años Miquel À. Marín en relación a la historia de la historiografía, “su estatus como disciplina se halla a gran distancia del de otros territorios de la investigación especializada, una circunstancia que en España es algo más acusada”.⁷ Unos problemas e indefiniciones que persisten en la actualidad y que han tenido cumplido reflejo en el taller.

De hecho, las comunicaciones presentadas destacan por su heterogeneidad y

Historische Faszination. Geschichtskultur heute, Keulen, Weimar and Wenken, Böhlau, 1994, estando disponible una traducción española en <http://www.culturahistorica.es/ruesen.Castellano.html>. De acuerdo con Maria Grever, el análisis de una determinada cultura histórica implicaría el estudio de “the production and reproduction of historical knowledge and understanding as well as the social infrastructure of the field of history (such as museums, history curricula, national holidays and other memorial observances) –all of which provide the conditions that are necessary for people to deal with the past”. Maria GREVER: “Fear of Plurality: Historical Culture and Historiographical Canonization in Western Europe”, en Angelika EPPLER y Angelika SCHASER (eds.): *Gendering Historiography: Beyond National Canons*, Frankfurt, Nueva York, Campus Verlag, 2009, pp. 45-62, esp. p. 54. Una aplicación práctica de ambos conceptos en Ignacio PEIRÓ: *En los altares de la patria. La construcción de la cultura nacional española*, Madrid, Akal, 2017 y Gustavo ALARES: *Políticas del pasado en la España franquista (1939-1964). Historia, nacionalismo y dictadura*, Madrid, Marcial Pons, 2017.

⁴ Una aproximación al concepto en María José SOLANAS: “Transferencias culturales: origen, desarrollo y aplicación al estudio de la historia de la historiografía española”, en Pedro RÚJULA e Ignacio PEIRÓ (eds.): *La historia en el presente*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 2007, pp. 379-392.

⁵ Juan José CARRERAS: “El entorno ecuménico de la historiografía”, en Carlos FORCADELL e Ignacio PEIRÓ (coords.): *Lecturas de la historia: nueve reflexiones sobre historia de la historiografía*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2002, pp. 11-22.

⁶ Miquel À. MARÍN: “La historia de la historiografía en España: recepción y crisis de una disciplina, 1976-2007”, en Teresa María ORTEGA (coord.): *Por una historia global: El debate historiográfico en los últimos tiempos*, Granada, Universidad de Granada, Universidad de Zaragoza, 2007, pp. 391-437.

⁷ Miquel À. MARÍN: “La historia de la historiografía en España...”, p. 391.

multiplicidad de perspectivas: desde los intentos de abordar la construcción intelectual y profesional de diversos historiadores –presentes en los trabajos de Eduardo Acerete y Pablo Bornstien–, hasta el análisis de diversos discursos historiográficos y sus condicionantes académicos y políticos –en la comunicación de Beatriz García Pérez sobre la Nueva Figuración Madrileña–, o el texto presentado por Alejandro Rey Millán, en el que se reflexiona sobre el silencio historiográfico sobrevenido a los diversos episodios ocurridos en el Rif entre los años 1924-1926. Y siendo esta variedad un elemento inicialmente provechoso, no pasan desapercibidas las consiguientes dificultades a la hora de establecer acuerdos sobre el uso de categorías comunes y asentar marcos conceptuales amplios que permitan un fructífero diálogo historiográfico.

Bajo el título “Ándalus como preocupación de la historiografía nacionalista y la formación de la escuela arabista aragonesa”, el investigador Pablo Bornstein de la Universidad de Tel Aviv analiza el proceso de institucionalización de los estudios de lengua e historia árabe en el siglo XIX. Una institucionalización disciplinar que vino a producirse en un momento en el que se estaba construyendo la nación liberal española, con la importancia clave de la historia nacional como herramienta en la configuración de los estados-nación decimonónicos.

El análisis de Pablo Bornstein se articula fundamentalmente a través de dos figuras: por un lado, la de Pascual Gayangos y Arce, considerado como el artífice de la creación de los estudios árabes en España; y por otro Francisco Codera, su más prominente discípulo. Pascual Gayangos, nombrado catedrático de Árabe en la Universidad Central de Madrid en 1843, y miembro de la Real Academia de la Historia, fue el principal introductor del arabismo en la academia española. Por su parte, Francisco Codera, catedrático de Griego y Árabe en la Universidad de Granada (1866-1868), Zaragoza (1869-1873) y finalmente la Universidad Central de Madrid (1874-1902), estableció en la institución aragonesa una escuela que germinaría a principios del siglo XX con figuras tan destacadas como Miguel Asín y Palacios o Andrés Giménez Soler.

Como señala Bornstein, los estudios árabes vinieron a incardinarse como un elemento más en la búsqueda de las esencias históricas de la nación española. Un debate mediatisado por la larga presencia musulmana y la existencia de *Al-Andalus*, circunstancia que reforzaba aquélla recurrente visión orientalista de la nación española

dentro del conjunto de naciones europeas.⁸ Así que, con especial interés desde el siglo XIX –y en gran medida a través de la institucionalización del arabismo–, intelectuales, historiadores y políticos reflexionaron y polemizaron sobre la importancia del pasado islámico –y oriental/orientalista– en la conformación histórica de España. En esa secular búsqueda esencialista de las raíces culturales de la nación española y en ese largo proceso de configuración de la cultura nacional española, los arabistas fueron un elemento fundamental a la hora de determinar qué elementos del pasado islámico debían integrarse o excluirse en el relato decimonónico de la nación española.

“Las prácticas de un historiador: Carlos Corona Baratech” es el título del trabajo presentado por Eduardo Acerete, investigador especialista en la historiografía modernista formado en la Universidad de Zaragoza. A través del análisis de la figura del historiador –y catedrático– Carlos Corona Baratech (1917-1987), la comunicación pretende abordar diversas cuestiones vinculadas a la historiografía durante el franquismo. El texto analiza el itinerario formativo del historiador jacetano hasta la obtención en 1953 de la cátedra de *Historia Universal Moderna y Contemporánea* de la Universidad de Zaragoza.

Pero no sólo eso. El análisis de la trayectoria de este historiador, su formación y anclaje académico y profesional, permite a Eduardo Acerete avanzar una reconstrucción del ecosistema institucional de la universidad franquista, de las prácticas historiográficas de posguerra, de los procesos de institucionalización del modernismo en toda su extensión (dotación de cátedras y promoción profesional, revistas, etc...), y, en definitiva, ofrecer una panorámica –necesariamente breve pero significativa– sobre la conformación del *habitus* del historiador bajo el franquismo. Al mismo tiempo, el texto aborda la producción historiográfica de Corona no solo desde el punto de vista historiográfico, sino también como un elemento relevante en sus estrategias de promoción profesional, concluyendo con la obtención de la cátedra en 1953 como punto de llegada a la anhelada consolidación académica. Un texto que, en su necesaria brevedad, constituye un modelo válido para el análisis de la formación y de las prácticas de los historiadores franquistas.

Por su parte, Alejandro Rey Millán hace un exhaustivo repaso de uno de los episodios, por el que, a su juicio, la historiografía hispana ha pasado “de puntillas”: los

⁸ Al respecto, resulta indispensable Xavier ANDREU: *El descubrimiento de España: mito romántico e identidad nacional*, Madrid, Taurus, 2016.

acontecimientos acaecidos entre los años 1924 y 1926 en el Protectorado español en el norte de África, cuando una gran cantidad de soldados españoles quedaron desabastecidos debido a una retirada planteada por el general Miguel Primo de Rivera, ya como jefe de gobierno en España tras protagonizar un golpe de estado en 1923.

A través del estudio de las memorias escritas por un soldado de reemplazo, el extremeño José Caballero Reyes –verdadero hallazgo documental que articula el texto–, Alejandro Rey establece un repaso a este periodo de la historia de España estableciendo una dualidad de planteamientos: por un lado, intenta poner en valor un episodio trascendental en la historia militar española; y por otro, pretende buscar una serie de respuestas al silencio historiográfico relativo a este periodo histórico.

El trabajo de Rey Millán alude implícitamente al conjunto de ausencias que persisten en el estudio del pasado colonial español. Una cuestión que solo en fechas recientes ha empezado a integrar la agenda investigadora de los historiadores españoles. De hecho, y a diferencia de otras historiografías nacionales –particularmente Gran Bretaña, Francia, Portugal, pero también los Países Bajos, por ejemplo–, el pasado colonial español se encuentra todavía pendiente de un estudio en profundidad. Al margen de meritorias excepciones, la producción relativa al tema resulta fundamentalmente descriptiva, cuando no sujeta a la nostalgia patriótica. Muestra, en ambos casos, de una evidente inmadurez. Cuestiones como la etnicidad, la idea de España como potencia “civilizadora” (con todo el conjunto de valores asociados), o las transferencias ideológicas entre los diferentes discursos coloniales constituyen todavía un campo en gran medida expedito.

Como cierre del conjunto de textos aportados a la mesa se encuentra la aportación de Beatriz García, de la Universidad Autónoma de Madrid. La autora analiza la emergencia de los artistas congregados en torno al movimiento Nueva Figuración Madrileña [NFM] y conocidos en gran medida bajo la etiqueta de “los esquizos de Madrid”. Un grupo que surgió a finales de los setenta y principios de la década siguiente, y que tuvo expresión a través de varias exposiciones colectivas como *1980, Madrid D.F.* y *Otras figuraciones*.

El texto aborda el papel de la crítica como productora de relato (en este caso artístico), permitiendo de esta manera aludir al carácter performativo de los discursos

artísticos y su capacidad para establecer marcos teóricos y contextos interpretativos. A través de este análisis, la autora alude a las interferencias del sistema del arte y del emergente Estado cultural que se consolidaría en la década de los ochenta, en la etapa de desmontaje de la cultura oficial heredada del franquismo.

La NFM, tal y como fue caracterizada –y promocionada– pretendía reaccionar frente a la politización del arte y, al mismo tiempo, recuperar la figuración frente a la abstracción y el abuso del arte conceptual. Pero más allá de este escenario interpretativo fraguado sobre posiciones antagónicas y construido por críticos y galeristas afectos a la NFM, Beatriz García plantea la necesidad de iniciar una nueva valoración historiográfica de la NFM ajena de estas premisas y valoraciones. Así, a lo largo del texto se plantea la necesidad de llevar a cabo un proceso de decapado –quizá fuera arriesgado aludir a la *deconstrucción*– de los argumentos establecidos por los críticos afines a la NFM. A este respecto, la autora señala la debilidad de la “retórica del antagonismo” y critica su intención de “escenificar una batalla que no existía”. La comunicación alude a la inexistencia en la NFM de una oposición binaria tan clara como la esgrimida por la crítica, y señala la existencia de realidades más eclécticas. A juicio de la autora, esta construcción de un marco teórico para el encaje y desarrollo de la NFM se produjo en gran medida al margen del propio hecho artístico, vinculándose a estrategias de promoción y búsqueda de escenarios propios.

La autora abre interesantes vías de análisis vinculadas a los (re)posicionamientos protagonizados por el mundo cultural en el contexto de la Transición, a la búsqueda de narrativas (auto)justificatorias tendentes a asegurar una posición en el nuevo contexto cultural, o el valor de cambio del concepto *ruptura* dentro del sistema del arte y del emergente Estado cultural de los años ochenta. Todos los anteriores podrían ser contemplados como condicionantes institucionales –en el amplio sentido del término– que tuvieron una destacada influencia en los artistas –pero también en críticos y galeristas– a la hora de establecer unos marcos conceptuales y unas estrategias de inserción en el sistema del arte.

Desde esta multiplicidad de perspectivas, enfoques diferentes, usos conceptuales e intereses historiográficos diversos detectados en los textos, su análisis evidencia tanto un elevado conjunto de posibilidades analíticas en el marco de la denominada historia de la

historiografía, como la percepción de encontrarnos ante una disciplina todavía en construcción que adolece en ocasiones de debilidad conceptual y de la falta de un marco común aceptado, así como de herramientas comunes para abordar su desarrollo. Sin embargo, la solidez de los argumentos presentados por los comunicantes augura un interesante desafío para integrar en parámetros propios de la historia de la historiografía todas las propuestas abordadas desde tan diferentes, estudiados y justificados intereses historiográficos. Una tarea que esperamos poder continuar en los próximos Congresos de Jóvenes Investigadores de la AHC.⁹